

UN DOBLE EXILIO: MILITANCIA DE MUJERES CHILENAS EXILIADAS EN FRANCIA

A double exile: Chilean women's militancy in France

Maidor Moreno García

maidermoreno@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid - España

Recibido: 28-02-2019

Aceptado: 05-06-2019

Resumen

La militancia en tierra de asilo representa, en un primer momento, la continuidad con la actividad política realizada en Chile. Para una gran parte de la diáspora chilena militar es la única razón de vivir. Participar de lo político da sentido al exilio y además favorece la integración de las/os chilenas/os en tierra de asilo. El compromiso político, la práctica asociativa y partidista, así como las reivindicaciones, tienen un carácter sexuado. A continuación, analizamos las prácticas militantes, los espacios específicos que ocupan las mujeres en los ámbitos de militancia, así como las estrategias de acción y resistencia que estas ponen en práctica.

Palabras clave: Chile, Francia, mujeres exiliadas, militancia, memoria.

Abstract

Militancy in the land of asylum represents, at first, the continuity with the political activity carried out in Chile. For a large part of the Chilean diaspora, to militate is the only reason to live. Getting involved in politics gives sense to the exile, as well as encourages the integration of Chilean women and men in the land of asylum. The political commitment, the associative and partisan practice, besides the migrants' claims, have a sexed aspect. We will analyze the militant practice, the specific spaces occupied by women in these militancy fields and the action and resistance strategies that they implement.

Keywords: Chile, France, exiled women, militancy, memory.

1. Introducción

La historia contemporánea de Chile está marcada por una corriente reformista e importantes cambios sociales que caracterizaron la mayor parte del siglo XX. La voluntad de transformar la sociedad se enmarca en un proyecto político global, que es finalmente orquestado por el gobierno de la Unidad Popular (UP) de 1970 a 1973 y su líder: Salvador Allende.

Definiéndose marxista, logra anuar una pluralidad de actores que aseguran su victoria en las urnas. Sin embargo, es brutalmente derrocado el 11 de septiembre de 1973 por un golpe de Estado militar encabezado por el general Augusto Pinochet, cuyo régimen dictatorial se extiende de 1973 a 1990 y se caracteriza por una feroz represión.

El régimen de Pinochet se enmarca en el periodo de la Guerra Fría y en un contexto de dictaduras militares en gran parte de América Latina. Una de sus consecuencias más relevantes es el exilio de miles de chilenas y chilenos; algunas/os huyen del país para salvar la vida, otras/os son expulsados por decreto de la propia dictadura¹, mientras que muchas/os se ven obligadas/os a escapar de la penuria económica consecuencia del régimen².

Las estimaciones nos hablan de un número que oscila entre 800.000 y 1.000.000 de exiliadas y exiliados, repartidos en más de cincuenta países³. En Europa se encuentra el mayor número, particularmente en Italia, Suecia y Francia. En este último, se dispusieron diversas estructuras para acoger a las cerca de 20.000 chilenas y chilenos que tuvieron acceso al estatus de refugiadas/os políticas/os (Bolzman, 2002). Fueron más los varones torturados y encarcelados, mientras que el

¹ Al conocerse los horrores del golpe y de los primeros años de dictadura, instancias internacionales -como la ONU- ejercen una presión mediática que insta al régimen de Pinochet a dictar el Decreto Ley 504, en 1975, por el que las personas presas con penas de cárcel igual o superior a 5 años pueden cambiar su condena por la expulsión. Esta medida tiene como objetivo principal iniciar el camino hacia una legitimación del régimen de Pinochet, tanto en el interior como en el exterior del país. El éxodo es concebido por quienes lo impulsieron como una forma de castigo, con la expectativa que las/os oponentes a la dictadura perecieran de hambre y miseria (Vásquez y Araujo, 1988). Del mismo modo, la dictadura consigue uno de sus objetivos vitales: desprestigiar a las/os oponentes del régimen y designarles como desertoras/es o incluso como privilegiadas/os (llegando a popularizarse la expresión de “las becas Pinochet”). En el mismo sentido, encontramos los Decretos Ley 81 (1973) y 604 (1974).

² Se distinguen dos periodos de éxodo masivo, el primero coincide con el inicio de la dictadura, desde el golpe hasta el 76, en el que salen principalmente las/os supervivientes de la persecución de la Junta. El segundo periodo, del 80 al 84, corresponde con la huida de las/os refugiadas/os que se vieron obligadas/os a salir de Chile tras el resurgir de las protestas contra la dictadura lo que promovió una nueva etapa de represión, encarcelamiento y tortura. Entre las/os exiliadas/os de esta segunda oleada se incluyen aquellas/os que huyen, también, de la penuria económica propiciada por la dictadura. Respecto de las/os entrevistadas/os, contamos únicamente con un caso que corresponde con la segunda ola de éxodos.

³ En 1970, la población en Chile llega apenas a los 9 millones de habitantes (Gaudichaud, 2014). “Según el Instituto católico para las migraciones, un millón de chilenas y chilenos habrían huido del país entre 1973 y 1977, a saber, el 10% de la población chilena de esa época; estas cifras son las mismas aportadas por el HCR de Santiago. Pese a estos datos solo 40.000 exiliados habrían obtenido el estatus de refugiado en los diferentes países de acogida” (Bolzman, 2002: 93).

éxodo, al menos en el país galo, es una pena compartida casi al 50-50 por hombres y mujeres⁴ (Gaillard, 1997).

Los varones refugiados chilenos son, entre las/os refugiadas/os latinoamericanas/os, los más estudiados por investigadores en Francia, lo que se explica esencialmente por dos razones. En primer lugar, por el interés que suscitó la experiencia de la Unidad Popular en el mundo entero, y en particular en Francia, en un contexto en que “la movilización a favor de la causa sudamericana a lo largo de los años 1970 se inscribe en el marco del militantismo creciente a favor de la democracia y de los Derechos humanos en la línea de los movimientos de 1968” (Galloro, 2010: 19)⁵.

Y, en segundo lugar, por la identificación del “refugiado” con un varón, de cierto estatus intelectual, social y económico. La mayoría de las investigaciones sobre esta migración consideran únicamente la trayectoria de los varones, descartando pues la vivencia de la casi otra mitad de refugiados: las mujeres. La imagen reduccionista implica que: “Las mujeres son percibidas como las compañeras de los militantes, aunque representan el 30% de los detenidos y el 40,31% de las personas que obtuvieron el derecho de asilo en Francia⁶” (García, 2010: 59).

En este contexto, es que decidimos dar cuenta⁷ de las trayectorias y los itinerarios de las mujeres exiliadas chilenas⁸. Dicha elección comparte el propósito de las investigaciones centradas en migraciones femeninas, que pretenden poner fin a los consagrados estudios que tradicionalmente consideran al neutro (masculino) como suficientemente legítimo para representar a todas/os las/os migrantes (Catarino y Morokvasic, 2005). Además, nos alineamos con el enfoque interseccional (*intersectionality*), teoría multidisciplinaria que tiene por objetivo identificar la complejidad de las

⁴ De forma generalizada la colonia chilena “se compone en su mayoría de profesionales, cuadros políticos y/o sindicales, mientras que la proporción de obreros y campesinos es minoritaria” (Prognon, 2014: 26). Y es que los partidos de izquierda, como recuerdan las exiliadas latinoamericanas Vásquez y Araujo, “estaban constituidos –y dirigidos- por un gran número de gente procedente de la recriminada pequeña-burguesía. Teníamos vergüenza y cada uno hacía todo para esconder esta mancha imborrable: agredir a nuestros padres que no entendían nada, intentar proletarizarse a toda costa vistiéndonos de la forma en que pensamos que lo hacían los proletarios, adoptando su forma de hablar, o en un último recurso dejarlo todo para morir en la guerrilla” (Vásquez y Araujo, 1988: 187). Como indica Marcela García, mayoritariamente con estudios, militantes y de un medio social favorecido, las exiliadas chilenas no son representativas del total de mujeres chilenas (García, 2014). Además, se trata -esencialmente- de una población muy joven que en el momento del exilio oscila entre los 19 y 35 años.

⁵ Todas las traducciones son propias.

⁶ Según un sondeo efectuado por Gaillard (1997). Por otro lado, para la OFPRA (Oficina Francesa de Protección de Refugiados y Apátridas), no existe consenso en cuanto al número de chilenas/os llegados a Francia a causa de los diferentes estatus con los que entraron, llegando las cifras a variar entre 500 y 20.000 personas.

⁷ Como lo hicieron antes algunas compañeras; en este sentido son imprescindibles las lecturas de García (2014), Vásquez y Araujo (1988) y Rebolledo (2005).

⁸ Primero en el marco de una investigación de máster (2013-2015); con la realización de una veintena de entrevistas en profundidad, además del tratamiento de entrevistas a personas exiliadas chilenas en Francia de los archivos audiovisuales de la entonces denominada Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC) de Nanterre, hoy conocida como La Contemporánea. Además, se pudieron analizar una decena de cartas, entre más de un centenar, que nos fueron facilitadas por una de las entrevistadas y que forman parte del conjunto de su correspondencia con otras personas chilenas exiliadas en diferentes países. Actualmente, analizamos esta temática en el marco de un doctorado, con la realización de nuevas entrevistas en profundidad y la consulta del mismo fondo de archivos que cuenta con cerca de cien testimonios.

identidades y desigualdades sociales, integrando varias dimensiones de las relaciones de poder. Dicha teoría analiza la interacción en el estudio de las desigualdades sociales basadas en la diferencia de sexo/género, “raza” /etnia, clase social, edad, discapacidad u orientación sexual, sin edificar una jerarquización entre estas.

2. Metodología

Nuestro estudio se define por ser de carácter cualitativo, aunque emplea datos cuantitativos, principalmente estadísticos, que miden el impacto del exilio chileno en Francia. En este sentido, entendemos que las/os chilenas/os que llegaron a Francia, entre 1973 y 1994, oscilan -cuanto menos- entre 5 000 y 15 000 personas⁹ (Prognon, 2011). Además, seguimos el modelo de la *grounded theory*, lo que significa que se han producido constantemente –y se siguen produciendo–, idas y venidas entre diferentes “operaciones”, que corresponden con la lectura, la escritura, la definición del objeto, y el propio trabajo de campo (Glaser y Strauss, 1967).

En relación con las entrevistas movilizadas en este texto, éstas se han realizado en París y su *Banlieue*, sin embargo y por tratarse de una investigación sobre el exilio, nos encontramos con diversos recorridos que nos llevan a considerar el fenómeno en una geografía más amplia¹⁰. Contamos, por ejemplo, con el testimonio de mujeres que llegaron en un principio a Rumania o a Irlanda, pero que más tarde vinieron a Francia, siempre bajo el estatus de refugiadas políticas. Además, una de nuestras entrevistadas ha regresado definitivamente a Chile en el año 2014 y otras tantas realizan lo que se conoce comúnmente en Francia como “*la navette*”, es decir que viven entre Francia y Chile, aunque su país de residencia más habitual sea Francia para todos los casos analizados.

Pese a que nuestro estudio se centre en París y sus alrededores, esta variedad no sólo aporta riqueza a nuestro análisis, sino que muestra una de las facetas de los itinerarios de estas mujeres. Incluso cuando comparten una multiplicidad de características comunes, el conjunto de exiliadas experimenta un recorrido marcado por su singularidad, que se enmarca en una experiencia colectiva más amplia. “En cuanto grupo humano, comparten lo que podríamos denominar como ‘una ideología’. Incluso teniendo en cuenta las contradicciones en el seno de la izquierda

⁹ La estimación que utiliza Prognon, es una de las más ajustadas. Ver notas 1 y 2.

¹⁰ Entre 2013 y 2015 elaboramos 25 entrevistas con 14 chilenas/os: 9 mujeres y 5 varones. La composición social era variada, aunque todas las personas pertenecen a las “clases medias”. Entre las mujeres todas participan, en estructuras más o menos formales, de lo social y lo político, a día de hoy. Tienen estudios medios y superiores, cursados principalmente en Francia (puesto que vinieron muy jóvenes). Se trata por lo general de profesionales jubiladas, aunque dos de las entrevistadas siguen trabajando de forma remunerada. Respecto de los varones todos son jubilados. También han realizado mayoritariamente estudios superiores, a excepción de uno solo de los entrevistados.

latinoamericana, no podemos negar que los exiliados hayan compartido un proceso socio-político para sobrepasar el subdesarrollo y la miseria, y que deseen democratizar la sociedad” (Vásquez y Araujo, 1988: 35).

La militancia en el exilio se articula a través de la participación en los partidos políticos reconfigurados en el exterior y en una pluralidad de asociaciones de diferente índole¹¹. A continuación, analizaremos los rasgos propios de la militancia de chilenas y chilenos en el exilio, sin hacer un análisis exhaustivo en función de los diferentes partidos, pues, aunque admitimos la existencia de diferencias, creemos éstas no son consustanciales a la problemática que nos ocupa.

3. Sobrepasar el imaginario del exiliado neutro masculino

Contextualización

Los primeros años de exilio están marcados por la militancia incansable y la idea inalterada del regreso próximo -que se materializa en la imagen de las maletas siempre abiertas (Jedlicki, 2004). Destaca “la solidaridad” como adjetivo común, utilizado por las/os entrevistadas/os, para calificar la situación de acogida en Francia en ese tiempo y respecto de las/os refugiadas/os latinoamericanas/os. Así lo recuerda María, militante del MIR: “Cuando llegamos en marzo del 76 a Francia los contactos estaban hechos. Y a la semana nos dieron un lugar en el *foyer* de Massy de la Cimade¹², ahí estuvimos un año. Primero 6 meses y después prolongamos 6 meses más” (María, 04-2015). En estas residencias, se encontraban principalmente refugiadas/os latinoamericanas/os (de

¹¹ La Unidad Popular estaba compuesta por una pluralidad de ideologías, cuyo rasgo común es la pertenencia a “las izquierdas progresistas”, contando con la presencia de: socialistas, comunistas, radicales y cristianos radicalizados. Muchas/os de las/os exiliadas/os formaron parte de los partidos políticos que componen la Unidad Popular, sin embargo, la mayoría de nuestras/os entrevistadas/os se contaban entre las filas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido político que defendía la idea de la lucha armada para lograr la Revolución. Dicho partido, pese a no alinearse con el gobierno de la UP, indujo a sus filas a votar por su representante. Más tarde, algunos de sus miembros hicieron parte del servicio de seguridad privada del entonces presidente Allende. En el exilio las/os exiliadas/os reconstruyen los mismos partidos que funcionan en una lógica transnacional y que, en el caso francés son comúnmente apoyados por partidos análogos en el país de acogida.

En lo que respecta a las asociaciones, todavía hoy, existen más de una decena de asociaciones de chilenas/os en activo, en París y sus alrededores, aunque la mayoría cuentan con pocas/os adscritas/os. La asociación que actualmente cuenta con mayor visibilidad corresponde con la “Asociación de Expresos Políticos Chilenos”.

¹² La Cimade es una de las asociaciones, de carácter humanitario y religioso, de ayuda a refugiadas/os. Desde 1973, se coordinan, en Francia, diversos actores abocados a la protección de las/os refugiadas/os para la acogida de chilenas/os, destacan: organismos públicos, el Ministerio de Asuntos Extranjeros, asociaciones sin ánimo de lucro y de carácter humanitario -como ‘France Terre d’Asile’ (Francia Tierra de Asilo) o la Cimade - además de una pluralidad de organismos nacionales- como la OFPRA o el Servicio Social de Ayuda a los Inmigrantes. Todos estos en coordinación con el Comité Pro-paz (convertido después en la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, tras su ilegalización), que desde Chile, todavía en dictadura, trata de ayudar a las/os ‘opositoras/es’ del régimen.

Brasil, Uruguay o Argentina), que huían de las respectivas dictaduras. Es más, muchas de las residencias se construyeron con motivo de la llegada de chilenas/os, que en un principio están situados en París y sus afueras, pero por el elevado número de acogidas se trasladan a otras regiones de Francia: Orleans, Burdeos, Nimes, Lille, Estrasburgo, Angulema y Lyon (Volovitch-Tavares, 2014: 55).

Pese a ello, “los exiliados tienen que reconstruir sus lazos sociales, adaptarse a una forma de socialización que ignoraban, consentir, frecuentemente, una realidad descalificadora y resignarse a vivir en el exterior” (Prognon, 2011: 9). Cohabitan, además, los traumas ligados a la represión y la tortura, la desclasificación social y profesional fruto de la movilidad descendente -sus diplomas no son reconocidos automáticamente, por no hablar de que la reinserción laboral necesita del aprendizaje de la lengua-, el malestar de ser expulsada/o y de no saber en qué momento será posible su regreso a Chile, la separación familiar, además -y particularmente para los varones- la pérdida de estatus político¹³. La (re)construcción identitaria de las/os exiliadas/os se establece a través de una lucha interna entre “individualismo reflexivo” y “un compromiso comunitario” (Galloro, 2010: 15).

Con el transcurso de los años, la mayoría de refugiadas/os termina aceptando que su presencia en la tierra de asilo podría ser definitiva o, al menos, fuertemente prolongada. “La comunidad asume la perdurabilidad de su instalación fuera del territorio de origen y desarrolla su propia dinámica socio-histórica, buscando siempre preservar un lugar como parte constitutiva de la nación” (Bolzman, 2002: 106). En 1988, Pinochet, buscando dar legitimidad a la dictadura, organiza las elecciones que conducen a un cambio de régimen, este permanece, sin embargo, como senador vitalicio y la vuelta a la democracia se hace a expensas del olvido y la justicia para las víctimas y sus familiares (Bresnaham, 2003)¹⁴. Pese a ello, este momento representa la renovación de la esperanza política de un cambio en Chile, y al mismo tiempo supone la cuasi desaparición de la actividad militante en el exilio. El fracaso de Pinochet significa también el principio del retorno, aunque en la última etapa de la dictadura ya se habían dictaminado algunas concesiones que permitieron la entrada de un cierto número restringido de exiliadas/os.

Sucesos como la detención de Pinochet en Londres reactivan los círculos de militancia, que de alguna manera nunca llegan a extinguirse del todo. Ello encuentra su explicación en la intensidad de la cultura política y militante de la época que marcó a varias generaciones de chilenas/os, entre estas/os se encuentran las/os exiliadas/os de la dictadura de Pinochet.

¹³ “La imagen del militante viril se desmorona tras el fracaso político, la tortura y la expulsión a países donde los militantes no conocen la lengua, ni los códigos culturales” (Marques-Pereira y Zavala San Martín, 2009: 135).

¹⁴ La transición chilena “comparte las condiciones globales de las transiciones llamadas sistémicas, institucionales o ‘desde arriba’, cuyo desarrollo está determinado por las reglas y procedimientos establecidos por los gobiernos autoritarios precedentes” (Moulian, 1994: 26). Para más información sobre el proceso de Justicia Transicional en Chile ver: Manuel Antonio Garretón (1993); Tomás Moulian (1994); Steve Stern (1998); Pamela Pereira (2011).

Mujeres y militancia

Tras el exilio, la reconfiguración de los partidos políticos es prácticamente inmediata. En la misma continuidad se restablecen asociaciones de todo tipo, cuyos objetivos principales son: denunciar la dictadura y recaudar dinero para mandar a las personas resistentes y presas en Chile. La reconfiguración de partidos y asociaciones se elabora a imagen y semejanza de los existentes en Chile, lo que implica la reproducción de la jerarquización y desigualdad entre hombres y mujeres que existía en el interior de los partidos y asociaciones.

En este sentido, eran menos las mujeres que participaban activamente en política antes de partir al exilio, en relación con los hombres, ya que se consideraba una actividad masculina (Power, 1997); además, “el proyecto político de la UP se construye partiendo del imaginario del 'hombre nuevo' las desigualdades entre hombres y mujeres no constituye el sujeto principal del proceso político de liberación y de emancipación colectiva” (García, 2014: 257).

Las fuerzas políticas progresistas que componían la Unidad Popular, del mismo modo que las conservadoras, promulgaron la perpetuidad de ciertos valores del orden familiar. Para los izquierdistas la familia o “núcleo revolucionario básico” y las jerarquías que existen en el interior de la misma, no suponen un problema (Kirkwood, 1990).

En regla general, se atendieron las demandas de la población de acuerdo a su posición de clase en la sociedad, siendo prácticamente inexistentes las reivindicaciones de género (Rojas, 1994). Ello aun cuando el acceso a la Universidad se había ampliado para las mujeres que “poco a poco habían comenzado a intervenir de manera más activa en política [...] entusiasmadas por el programa de gobierno de la UP, que incluía la igualdad de salarios para hombres y mujeres que realizaban el mismo trabajo, guarderías infantiles para las madres trabajadoras, educación para todos y salud gratuita” (Rebolledo, 2005: 135)¹⁵.

Desde 1913 y hasta 1949, en Chile, se establecieron organizaciones donde fundamentalmente mujeres exigen su integración a la vida pública y el derecho universal al voto. En el mismo periodo, se producen las primeras manifestaciones que exigen el derecho al divorcio, al aborto, el acceso a métodos anticonceptivos, lo que significa una ruptura radical con la ideología imperante (Gaviola, Largo y Palestro, 1994).

A partir de los años 1950, el “movimiento de mujeres pierde fuerza, debido a la falta de intereses comunes, y comienza a desmembrarse. Las mujeres ocupan entonces otros espacios, como sindicatos y partidos, para tratar de aunar sus reivindicaciones a las de sus compañeros” (Ibídem: 27). En estos años pueden verse mujeres en los ministerios, en las campañas electorales y en la

¹⁵ En este mismo sentido, para Rojas: “no hay que olvidar que las mujeres chilenas -junto a las uruguayas- han contado desde temprano con importantes avances educativos que han facilitado su integración al ámbito público en relación al resto de las mujeres latinoamericanas. Es probable que la mayor ventaja de las chilenas se deba a su acceso a la educación, iniciado a mediados del siglo XIX y que proporcionó a vastos sectores de mujeres una educación primaria y secundaria secular a cargo del Estado” (Rojas, 1994: 8).

Central Única de Trabajadores (CUT) (Rojas, 1994). Durante el gobierno de la Unidad Popular, las filas de la izquierda cuentan también con mujeres organizadas en sindicatos, JAPs (Juntas de Abastecimiento Popular, gestionadas esencialmente por mujeres), juntas de vecinos, Centros de madres y, en menor medida, en los partidos políticos.

Las mujeres que pertenecen a las clases medias y altas son más propicias a participar en los partidos políticos, siendo las más diplomadas y con más posibilidades de formar parte del gobierno. Las mujeres en el gobierno elaboran un trabajo junto a los Centro de madres, las asociaciones vecinales y de la comunidad, respondiendo a problemáticas de nivel local –urbanismo, centros de salud, entre otros- (Valdés y Weinstein, 1993). Como es el caso para los varones, las universidades y liceos, representan centros privilegiados para la socialización política de las mujeres jóvenes y adolescentes¹⁶.

Sin duda, los Centros de madre son las estructuras con mayor participación de mujeres populares y de clase media. Estas asociaciones reúnen esencialmente a mujeres, madres que se ocupan del trabajo doméstico. Con el tiempo los Centro de madres adhieren a diferentes ideologías y son percibidos, por el gobierno de la UP, como lugares privilegiados para la socialización política de las mujeres. A partir de 1970, los Centros de madres pasan a formar parte de la COCEMA (Coordinación de Centros de Madres), en la que participan cerca de un millón de mujeres (García, 2014: 219). Respecto de su participación en las urnas, y pese a ser menos numerosas que los hombres, las mujeres votaron mayoritariamente a favor de Allende (Power, 1997). Pese a lo anterior, la visión homogeneizante de “la mujer chilena”, que vehiculan -también- los partidos de izquierda, se reduce esencialmente a los roles de madre y/o esposa.

Los partidos que compusieron la Unidad Popular, como aquellos de izquierda más radicales - el MIR esencialmente, pero no el único- están sometidos a la doctrina marianista católica, que defiende un modelo de familia heteronormada, premiando además la virginidad y castidad de las mujeres, así como castiga el aborto y la libertad sexual (García, 2014). Ello hace que la voluntad de independencia que se afirma entre muchas/os de las/os jóvenes de la izquierda, se vea ensombrecida e incluso reprimida por los mismos partidos revolucionarios.

Es el caso de Beatriz, exiliada en Francia, a comienzos de 1974, militante desde la adolescencia en el liceo y la universidad, donde se relaciona con numerosos partidos y asociaciones en los que nunca llega realmente a inscribirse:

[...] luego me fui con los trotskos [...] a mí me gustaba esta noción de los trotskos de la revolución permanente. Esto me interesaba a mí mucho, porque ellos ponían otras dimensiones. La dimensión de la mujer estaba integrada. No podía haber revolución según ellos, si los derechos de la mujer no

¹⁶ Llama poderosamente la atención que muchas de las entrevistadas conocen un despertar político o al menos una incidencia en acciones sociales y políticas desde edades muy tempranas. Varias de las entrevistadas participan de lo colectivo -especialmente con acciones solidarias-, a la salida del colegio y desde los 8 o 10 años.

estaban integrados en este programa, lo que para mí era realmente nuevo. Porque dentro de los otros grupos y juventudes que yo había estado tenían una especie de moral proletaria muy conformista [...]. Yo en la universidad vivía en un pensionado solamente de mujeres. Una vez una de las compañeras se hizo un aborto con una mujer que le metió palillos, la chica tenía 18 años, le decíamos la lolita porque era la más joven. La chica tuvo una hemorragia terrible, le alcanzaron a salvar la vida, pero le tuvieron que sacar el útero, todo. Eso nos traumatizó mucho a todas en el pensionado. Y entonces decidimos en asamblea cotizarlos todos los meses con una suma bastante modesta, porque muchas no teníamos mucho dinero, e hicimos una especie de banco para aborto, para poder hacerlo en una clínica, ya que se podía hacer, pero era carísimo. Esto llegó a oídos de la dirección de la universidad, el decano nos llamó, nos insultó, el tipo era del Partido Comunista y ¡nos insultó! Oficialmente el partido nunca se mojó por una medida de esta naturaleza ni por el divorcio, ni por el aborto (Beatriz, 06-2014)¹⁷.

Los deseos de una sociedad más igualitaria no tienen un impacto real en el interior de los partidos, donde “el trabajo militante que realizan las mujeres durante el proceso revolucionario se asemeja al trabajo que efectúan ‘en tiempo normales’ [...], aunque el proceso revolucionario haga el mismo un llamamiento a las mujeres para que se comprometan políticamente” (García, 2014: 268). Ello no es característico de los partidos chilenos, sino que responde a una lógica global según la cual:

“Los partidos y los movimientos son considerados como ‘neutros’, es decir, indiferentes a las relaciones sociales de sexo que contribuyen a su estructuración. Sin embargo, esta dimensión constituye un aspecto decisivo en el seno de las prácticas militantes, puesto que afecta la inserción militante y sus diferentes modalidades, los modelos de funcionamiento y organización, así como el contenido de los programas y acciones” (Fillieule, Mathieu y Roux, 2007: 8).

En el Chile anterior al golpe existe una fuerte jerarquización social entre las diferentes formas de compromiso político. Las/os militantes partidistas gozan de un mayor reconocimiento, y se distinguen por su afiliación a un partido político. Al contrario, la participación en otro tipo de espacios, tales como las asociaciones, juntas de vecinos o Centros de madres, no se considera como una militancia política. Las mujeres participan esencialmente a través de estas estructuras, y por lo tanto no acceden generalmente al estatus de “militante”. Así lo relata Beatriz:

[En los partidos chilenos durante la UP] El lugar de las mujeres era “las compañeras”, muy pocas mujeres tenían un puesto de dirección. Las chicas subían de grado esencialmente, las más bonitas, porque eran las chicas de los jefes. Los jefes tenían a las más bonitas eso no cabía duda. Si tú eras feíta, [risas] siempre haciendo empanadas. Era un poco caricatura, pero era así (Beatriz, 06-2014).

¹⁷ Los nombres que aparecen fruto de los extractos de las entrevistas corresponden con pseudónimos que garantizan el anonimato de las/os entrevistadas/os.

Según García “el neologismo ayudista se crea en los círculos de militancia en la época de la represión” (García, 2014: 347). Dichas personas no están oficialmente afiliadas al partido, pero participan de las actividades y generalmente lo hacen en los ámbitos más laboriosos. Las personas que no gozan del estatus de militante, tampoco son reconocidas como resistentes, ni dentro de Chile ni en el exterior, pese –en el caso de muchas mujeres- a su adhesión posterior a los partidos del exilio. Este discurso aparece de forma más o menos explícita en el relato de todos los varones, y de algunas mujeres. Es ilustrativo el testimonio de Patricio, militante del MIR, a este respecto: “*Mi mujer no era para nada militante. Políticamente yo la formé. Sí me dice que tenía ideas de izquierda, y todo eso, pero como la mayoría de los jóvenes, son en general ellos que quieren más cambios que los más viejos*” (Patricio, 03-2014).

La desigualdad jerárquica entre los sexos, se encarna y reproduce en las diferentes categorías “militante”, “ayudista” o “compañera/o”. Este último es sinónimo de: “colega, amiga/o de la escuela o la universidad, compadre o comadre, cámara del partido o entre las/os miembros de la UP” (García, 2014: 204). Dicha diferenciación también enmascara diferencias jerárquicas de poder y de superioridad, ligadas a la pertenencia a una determinada clase social (ibídem), en intersección con una diferencia a razón del sexo. Así lo reproduce, el exiliado mirista, Federico: “*Había grados de militancia. Mi mujer era simpatizante. No militaba, ella era del MIR, y estaba con el MIR también, pero no militaba, simpatizaba. No estaba 100% en red, pero cooperaba con todo lo que podía, si había que hacer cosas, propagandas, todas las tareas que hay que hacer*” (Federico, 03-2014).

Para Federico la dedicación al “100%” con el partido es la que otorga el estatus de militante, lo que explica que “su mujer”, sustento económico –en un primer momento- y encargada de la crianza y del trabajo doméstico, no cumpliera el requisito básico para ser reconocida como “militante”. Según Vásquez y Araujo: “la característica más determinante del ‘buen militante’ es que está siempre dispuesto a sacrificar su vida privada (estudios, éxito profesional o personal, familia, hijos), y su vida a secas, por ‘la causa’” (Vásquez y Araujo, 1988: 48). El uso de las categorías “militante” y “ayudista” no solo se encuentra en los relatos de las personadas exiliadas, también es reproducido por investigadores de la colonia chilena.

En el exilio la diferencia de clase también dota a algunas mujeres, con la posibilidad mayor de participar de lo político. Alejandra, con una visibilidad importante dentro del MIR, es una de las -raras- mujeres militantes, que niega sistemáticamente la desigualdad dentro del partido y que reproduce y reafirma estas “categorías de militancia”, en base principalmente “al tiempo dedicado a la causa”, bien en que su discurso encontramos contradicciones respecto de este posicionamiento:

Yo cuando llego aquí y me integro [en el partido], no lo hago rápidamente porque no tenía la forma material, ya ahí hay una parte de no respeto, quizás, a las mujeres, en ese momento yo tenía muy poca plata, o sea ganaba muy poco, y yo no iba a dejar a mi hija con cualquier huevón que encontrara en el barrio o no sé dónde. Porque hay que tener plata para poder dejarla e ir a una reunión, dos reuniones, entonces no podía pasar mi vida militando, tenía que trabajar. Entonces hay gente que se dedicó a

militar como en Chile pero aquí, absurdo. Cuando me integro es cuando le podía pagar a una compañera del partido, que no tenía nada, para que me la cuide [a su bebé] (Alejandra, 05-2014).

La diferenciación de “categorías de militancia” es generalmente asociada al periodo anterior al exilio, lo que se explica por la evolución misma de las trayectorias militantes de las mujeres, que con el paso de los años van conquistando y construyendo sus propios espacios. Sin embargo, en un primer momento, la militancia de las mujeres está fuertemente determinada por la división sexual del trabajo que se reproduce en el interior de las asociaciones, lo que es válido también para todos los partidos sin excepción. En este sentido, en las asociaciones de refugiadas/os “es frecuente una división de las labores en función del género, pese al carácter abiertamente progresista de muchos de estos grupos. Los hombres representan los valores intelectuales y políticos, mientras que las mujeres se ocupan de la intendencia material y eventualmente del aspecto social” (Morelli, 2009: 11). Ello queda reflejado en el testimonio de Violeta, militante del MIR:

En la asociación Franco-chilena, a los hombres que participan, en el periodo en que yo estuve, siempre les dejaban pensar. Organizar [también] era para la parte masculina. Toda la parte de realizar lo que ellos pensaron, éramos las mujeres. [...] La cocina era siempre para las mujeres, pocas veces eran los hombres los que nos ayudaron, siempre fuimos las mujeres que hacíamos esa parte, el pan amasado, las empanadas y la sangría, todo eso. Y después en las discusiones políticas los análisis para ver la situación que se vivía en Chile, analizar los movimientos sociales, las protestas, todo eso, siempre prevalecían los argumentos masculinos. Yo siempre tuve encontrones con los hombres por eso [...] yo les decía, aunque yo no sea economista yo puedo pensar, sé leer y analizar (Violeta, 02-2015).

En el momento asociativo más visible, que coincide con los primeros años de exilio, las tareas de la mayoría de mujeres –al interior de las diversas organizaciones– consisten en hacer las empanadas, adornar las salas, actividades de baile, hacer la comida y servirla, además de otros servicios, como distribuir publicidad para los eventos o manejar la caja durante los mismos. Las mujeres denominadas y reconocidas como “militantes” hacen escasas o ninguna alusión al trabajo doméstico, aunque sí que reparan en las dificultades específicas que encuentran en tanto que “madres” a la hora de reintegrar la militancia en la vida en el exilio. Por otro lado, ninguno de los varones hace referencias al trabajo doméstico en el interior de las asociaciones. Para Fillieule, Mathieu y Roux, la omisión generalizada de la división sexual del trabajo militante debe relacionarse con el hecho de que en “el pensamiento profano y en el de los análisis, ‘el militante’ es generalmente concebido como un ser asexual, una figura abstracta y general que existiría fuera del sistema de género (y sin duda fuera de otros sistemas de dominación)” (Fillieule, Mathieu y Roux, 2007: 10).

Todas las mujeres y hombres que hemos entrevistado (incluyendo las entrevistas consultadas) han tenido hijas/os. Ello ha repercutido irremediablemente, y por lo general de manera diferenciada, en los itinerarios de mujeres y hombres. Si las alusiones a la maternidad y paternidad aparecen tímidamente como un factor que acrecienta las dificultades en el momento de la inserción

laboral, estas son nombradas sistemáticamente en lo que refiere a la militancia. Tener descendencia condiciona mayoritariamente las posibilidades de militar de las mujeres, y más teniendo en cuenta la dedicación total que los partidos demandan –al menos en un primer momento- a sus miembros. Ello debe leerse en un contexto particular en el que en Francia, aun hoy, para la mayoría de ciudadanos y de actores políticos de ambos sexos, se exigen unas representaciones sociales que son antagonistas con el compromiso político femenino: “para hacer carrera política las mujeres, más que los hombres, tienen que poder justificar el buen estado de su situación familiar, lo que restringe sus posibilidades” (Derville y Piochon, 2005: 53).

Así ocurre en el caso de las mujeres chilenas ya que, en determinados momentos, los hombres centraron sus vidas en el partido y en los proyectos políticos, a diferencia de “las mujeres, que debieron dividirse en dos amores: la militancia y la maternidad, lo que las hizo tener una actitud más pragmática y, por tanto, más distante con respecto a las directrices y mandatos de los partidos” (Rebolledo, 2005: 156).

Estrategias de participación política de las mujeres

Las mujeres exiliadas hacen una lectura de su recorrido que mezcla lo personal y/o lo político, ello gracias a una progresiva toma de conciencia que, en el caso de muchas, coincide con una aproximación a los círculos feministas; y es que:

“[...] las mujeres solas debieron crear redes solidarias de mujeres, que permitieron resolver los problemas domésticos, tener amistades y aprender a vivir como mujer sola en un mundo ajeno. La re-socialización de género se hace en estos casos con pares y con una generación anterior, lo cual permitió romper con la tradición y abrirse a nuevas maneras de vivir y comportarse” (Rebolledo, 2005: 156).

El paso de los años muestra una tendencia en que “el acercamiento al feminismo francés tuvo un fuerte impacto entre las latinoamericanas exiliadas, especialmente entre chilenas y brasileñas, que llegaron a contar con organizaciones propias” (Franco, 2009: 142). Además, “el movimiento de mujeres tomó tal auge –con numerosos encuentros de mujeres latinoamericanas en Europa, seminarios, reuniones de estudio y de creación, etc.- que después de ocho o diez años constituye el movimiento más extenso e importante de la comunidad de exiliados” (Vásquez y Araujo, 1988:159-160).

Las mujeres participaron activamente en la política, sobre todo a través de una militancia ingrata, doméstica e invisible, pero también y con el tiempo elaboraron estrategias de resistencia para salir de su posición subalterna. Las estrategias de resistencia pasan para muchas mujeres por la militancia fuera de los partidos políticos, pero también por la separación de sus parejas militantes. Entre las mujeres refugiadas se dan unas prácticas militantes diferenciadas: “Trabajos realizados en los Estados Unidos muestran que los hombres se comprometen, de forma más frecuente, con

actividades transnacionales, ligadas al país de origen [...] mientras que las mujeres se orientan más de buena gana hacia las actividades locales, totalmente destinadas a mejorar su suerte y su condición social y cívica en el país de acogida” (Catarino y Morokvasic, 2005: 5-6). Para Marina Franco (2009), que estudia el caso de las argentinas refugiadas en Francia, la militancia de las mujeres en el exilio se corresponde con la defensa de causas humanitarias internacionales, primando en un primer momento la denuncia de la dictadura y represión en Argentina.

Las mujeres latinoamericanas se interesan en otras formas de lucha, cercana a movimientos ecologistas, sindicalistas y feministas, creando sus propias asociaciones. Varias de las mujeres que hemos entrevistado así lo recuerdan:

Formamos una asociación donde prácticamente éramos solo mujeres, se llamaba Ocarina, como el instrumento musical. Éramos mujeres disidentes de la asociación Franco-chilena, porque teníamos conflicto con uno de sus dirigentes. Que [para él] por el hecho de ser mujeres nuestros argumentos nunca estaban a la altura. Nos fuimos y una de las integrantes de Ocarina quería que trabajásemos a nivel latinoamericano, y trabajamos para Colombia, Cuba y Chile (Violeta, 02-2015).

Las mujeres que pudieron superar los traumatismos ligados al origen mismo del exilio inician un proceso de ‘transculturación’, marcado por las confrontaciones con otras experiencias, otros modelos culturales:

Venir aquí, salir, vivir aquí [en Francia], el sentido es seguir militando. Eso [militar] le da sentido a mi salida y además conocer a la gente de una manera diferente. Y es un trabajo más abierto porque ya es un trabajo asociativo. Me permite conocer la sociedad donde estoy, saber donde tengo los pies, y poder conocer, abrirse, vivir. Y darle sentido, la finalidad es darle sentido a la reconstrucción (Violeta, 02-2015).

La búsqueda de *otros* espacios de militancia se corresponde, también, con la posibilidad de alejarse del control ejercido por compañeros y compañeras de partido, que -en los primeros años- era muy notorio y particularmente virulento en lo que respecta a la sexualidad de las chilenas. Dicho control se manifiesta de forma sistemática en el caso de las mujeres. Así lo ilustra el testimonio de Marguerite Young, del fondo de archivos audiovisuales de La Contemporaine:

El MIR en Francia me controló mucho. Cuando yo les decía a las compañeras que había ido al ginecólogo me decían [voz de reproche], ‘Pero, ¿cómo te fuiste al ginecólogo, con tu compañero que está preso?’, entonces había una presión muy fuerte. ¡Muy, muy, muy fuerte! [...] Nos habían puesto como traidoras. Y después cuando tiene una pareja que no era del MIR es considerado ‘triple traición’ [...] mi círculo de amistades y compañeros se deshace paulatinamente. El hecho que yo me haya separado del chico es una cosa y bueno el hecho que yo estuviera con una persona que no era del MIR, eso no era perdonable (Marguerite Young, 03-03-2013).

El conjunto de mujeres que forman parte de nuestro muestreo participa hoy –en mayor o menor medida- de actividades asociativas y/o políticas. Lo que corresponde con lo relatado por Vásquez y Araujo: “Las exiliadas del Cono Sur se integraron en grupos de mujeres latinoamericanas que existían incluso antes de su llegada [...] las mujeres, pese al aislamiento de las comunidades respectivas, han sabido afrontar las normas establecidas por la ideología de izquierda y de los partidos” (1988: 159). Todas entienden que este ámbito ha ocupado, y continúa suponiendo, una parte importante en sus vidas. Ello debe leerse en el contexto político francés, post mayo del 68, en que:

“Los movimientos de mujeres y de otros movimientos sociales, [...] ofrecen un marco favorable a la formación de colectivos autónomos de mujeres extranjeras, inmigrantes y exiliadas. Estos grupos se inscriben en el espacio abierto por los movimientos de mujeres que contestan la opresión específica de las mujeres, deconstruyen la repartición de roles sexuales, incluido en el ámbito de la política y promueven la toma de la palabra” (Lesselier, 2009: 141).

Las trayectorias políticas de Isabel Aburto o de Maité Albagli, cuyo testimonio encontramos en *La Contemporaine*, muestran la voluntad de muchas mujeres de renovar sus espacios de militancia y actividad política:

¡Militar! Lo he hecho siempre militar. Siempre yo estaba en contacto con los expresos políticos [...] Yo me dije tengo que buscar otra manera de militar. Y conocí en mi barrio femmes solidaires, mujeres solidarias, [...] durante más de 10 años fui parte del consejo de administración de mujeres solidarias [...] tuve la oportunidad de trabajar con mujeres solidarias a nivel departamental. Entré como secretaria y terminé antes de jubilarme como chargée de développement [responsable de desarrollo] (Isabel Aburto, 16-11-2014).

Para mí lo más duro de esa vuelta, de esa llegada, yo tenía 19 años, yo era militante pero no era importante, no se me consideró o sea no se consideró el dolor, no se me preguntó lo que me había pasado, nadie... El militante, el importante era mi marido, mi marido que se había convertido en mi marido, 15 días antes [...] yo siempre estuve muy implicada pero de distinta manera, o sea yo nunca más quise militar en... soy media reacia a militar en cosas demasiado estructuradas donde no sienta libertad. Pero mi vida ha sido el engagement [compromiso político] [...] Yo me dediqué, toda mi vida a trabajar por los derechos humanos, y cuando digo los derechos humanos, son más bien derechos de las mujeres, ese es el tema de predilección, que creo que fue forjado por estas injusticias, creo que dentro de los militantes había un trato distinto a las mujeres (Maité Albagli, 16-04-2014).

Mujeres y memoria

La militancia en tierra de asilo se atisba como una forma de supervivencia, pero también es percibida como una responsabilidad, para las/os exiliadas/os, discurso reactivado -los primeros años- por los partidos del exterior y por las/os que están aún en Chile. En este sentido, encontramos

en una de las cartas que exploramos¹⁸ el testimonio de Claudio que, aun en la cárcel, escribe a su compañero de partido, ya exiliado en Francia:

“Capu¹⁹, 14 de Abril 1976. ¡Hola patrón! Gran alegría me causó tu carta, pensaba que todavía estabas ‘enyesado’ y te habrías olvidado de tus compañeros encarcelados, lamento que la famosa gripe europea te tenga ‘físicamente imposibilitado’ pero todo pasa, luego estarás como tuna.

[...] Empezaré por contarte los “caldillos” de la prisión, al otro día que ustedes partieron, vinieron de la embajada americana a entrevistarnos. [...]. Nos interrogaron mucho, nos chequearon, y nos hicieron firmar una serie de documentos, la misma operación hicieron con mi vieja y los cabros, solicitando, además, certificados de matrimonio, antecedentes, fotos, certificados, situación militar mía. Fuera de esto, nos sacaron las huellas digitales en varios papeles. Viejo, como mi situación es bastante embromada, esto lo veo como una buena alternativa para mí, creo que no estoy en las condiciones de despreciar nada. A propósito, yo te agradezco lo que puedas hacer por mí, aquí todo vale y a mayor presión más posibilidades (Claudio, 14-04-1976).

Esta responsabilidad se prolonga, hasta nuestros días, con lo que las/os refugiadas/os llaman “el deber de memoria”, que corresponde con la transmisión de sus experiencias de exilio, como relato verídico y representativo de una parte de la Historia de Chile y Francia. En este sentido la memoria o memorias cobran dimensiones emblemáticas, culturales y políticamente influyentes siendo el resultado de la lucha entre la historia de la memoria y el olvido colectivo (Stern, 1998). Las/os refugiadas/os inciden en la importancia de la memoria como matriz de la historia (Ricoeur, 2000) y necesaria para combatir el olvido colectivo.

La memoria hace parte de una dinámica activa que está en constante reelaboración y no representa un proceso inamovible (Jedlicki, 2004), por lo tanto, no es estática y pese a que existe un descenso en el activismo de los exiliados en los últimos años, que coincide con las publicación de los informes²⁰: “ello parece no ser suficiente puesto que las secuelas del golpe continúan a sentirse en el seno de la sociedad chilena y entre los chilenos del exterior” (Bolzman, 2002: 104).

El discurso -y por tanto memoria- que construyen las mujeres se ve fuertemente influido por la exclusión a la que son habitualmente destinadas. De esta forma, es posible observar una contradicción inherente: por un lado, las entrevistadas describen sus prácticas y sus vivencias, dónde toman decisiones que rompen con la dinámica homogeneizante del “exilio chileno masculino”. Por el otro, se consideran muchas veces, coprotagonistas del exilio de un “otro”, que coincide con su/un: padre, hijo, hermano y más habitualmente marido.

¹⁸ Ver nota 8.

¹⁹ Abreviatura de “Capuchinos”, cárcel en la que se encontraban las/os presas/os que saldrían prontamente.

²⁰ Hacemos alusión a los informes Rettig y Valech. El primero (1991), producto de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, enmarca las “más graves violaciones a los derechos humanos”, sin la pretensión de iniciar un reconocimiento público de lo que fueron los crímenes, tortura y represión del golpe y de la dictadura; mientras que el segundo (diez años después y por la inconformidad del primero) quiere agrupar los testimonios de prisioneros y torturados políticos.

4. Conclusiones

El Chile anterior al golpe de estado vive una experiencia política colectiva, que concierne a una parte amplia de la sociedad, que se define a sí misma en cuanto actor social como “pueblo”. Si bien esta experiencia atañe de múltiples maneras a las personas en función de su origen social, o más aun por la diferencia: generacional o de ocupación, encontramos en la variable sexo, un factor determinante para aprehender la historia en dicho espacio y tiempo.

Las chilenas que participaron, de lo que en las primeras líneas identificamos con “una corriente reformista” -que se inicia a principios del siglo XIX, en Chile, y que culmina con el golpe de Estado ante el gobierno de Allende- encuentran en razón de su sexo una cantidad de obstáculos que determinan su forma de ser sujetos y objetos de la política. Los años de gobierno de la UP no suponen una ruptura efectiva con los patrones que legitiman la desigualdad entre hombres y mujeres. Ello incluso cuando, en el interior de los partidos y programas de gobierno, existe una voluntad regeneradora que, sin embargo, no supera ni descalifica el estereotipo de la mujer resignada a su “labor principal” de madre y esposa, garante esencial del mantenimiento de la desigualdad.

Mientras que la historia del exilio se cimienta en la experiencia única y universal masculina, las mujeres exiliadas chilenas, construyen un relato que indica una experiencia diferenciada. Es únicamente a través de la co-construcción del relato del exilio chileno, que podemos atisbar la complejidad del mismo.

El doble exilio se caracteriza por dos rupturas fundamentales, que marcan el itinerario de las mujeres. “El primer exilio” se caracteriza por la salida urgente tras el golpe militar, común a la experiencia de todas las personas exiliadas. Existe un segundo exilio, compartido por las mujeres: estas, a razón de su pertenencia a un determinado sexo/género, son vistas como actores secundarios, a lo sumo coprotagonistas del exilio. Con el tiempo, observadores y exiliadas/os, elaboran la historia oficial de la diáspora chilena, donde no sólo no aparecen las mujeres, sino que también se suprime todo aquello que se considere del ámbito privado femenino.

En lo que respecta a la militancia -ámbito esencial para las/os refugiadas/os chilenas/os-, la persistencia de los hombres para que las mujeres se abstengan de participar en la política se explica por varios motivos. Según Derville y Pionchon, “es un medio de defensa frente la puesta en tela de juicio de la dominación masculina en el conjunto de la sociedad” (2005: 55). La participación de las mujeres en las estructuras partidistas, en Chile y en las del exterior, no interesa a un número importante de nuestras entrevistadas; ello tiene que ver con motivos transversales a todos los partidos, puesto que de forma sistemática las mujeres padecen discriminaciones específicas a razón de su sexo, que los hombres desconocen; su legitimidad y autoridad política se encuentran constantemente cuestionadas.

Ello genera que la actividad política misma devenga mucho menos atractiva para las mujeres, a quienes se interroga constantemente sobre sus vidas privadas y al mismo tiempo se les exige “demostrar su femineidad a través del estatus de esposa y madre” (Derville y Pionchon, 2005: 55). En la misma línea advierte Anne Morelli: “Las mujeres son miembros más dedicados que los hombres en las asociaciones del exilio, pero ellas no ocupan los cargos de prestigio que estimularían su autoestima. Al contrario, algunas asociaciones prohíben el acceso a mujeres solteras” (Morelli, 2009: 11). Estos patrones se reproducen en el caso del exilio chileno, con consecuencias trascendentes en la militancia de las mujeres que sabrán plantarse ante las llamadas al orden (patriarcal), perpetuadas en los diferentes ámbitos de participación política y social.

Finalmente, la Historia se define como excluyente, siendo las mujeres marginadas del relato que estructura lo que fue, lo que es y lo que será la humanidad. Para Joan Scott, la ocultación de la misoginia en este relato es posible porque la historia de las mujeres no corresponde con las categorías y los conceptos utilizados para describir la realidad histórica (Scott, 2008). Entre tales conceptos encontramos la democracia, el sufragio, el pueblo o hasta la clase: supuestamente universales, estas categorías o ideales describen una realidad masculina (Fraisie, 2010). De esta forma, la historia produce un significado que se le atribuye a las diferencias corporales, permitiendo una determinación artificial y “legítima” de las divisiones sociales. Esta Historia, con el lenguaje y las palabras que emplea, tiene un peso extraordinario sobre la organización de las sociedades. Nuestro objeto de estudio no escapa a esta dinámica: “pensada en su dimensión histórica, el exilio político es presentado generalmente como una cosa de hombres” (Gubin y Piette, 2009: 158). En definitiva, nuestro trabajo, en sintonía con otros, pretende resignificar la memoria histórica del exilio político chileno en Francia, otorgando a las mujeres chilenas exiliadas el espacio que merecen como actoras esenciales en la evolución histórica, política y social de las sociedades francesa y chilena.

BIBLIOGRAFÍA

- Bolzman, Claudio (2002): “De l'exil à la diaspora: l'exemple de la migration chilienne”. En: *Autrepart*2, n.º. 22, pp. 91-107.
- Bresnaham, Rosalind (2003): “Introduction: Chile since 1990 the Contradictions of Neoliberal Democratization”. En: *Latin American Perspectives*, vol. 5, n.º. 30, pp. 3-15.
- Catarino, Christine y Morokvasic, Mirjana (2005): “Femmes, genre, migration et mobilités”. En: *Revue européenne des migrations internationales*, vol. 21, n.º. 1, pp. 7-27.
- Derville, Grégory y Piochon, Sylvie (2002): “La femme invisible. Sur l’imaginaire du pouvoir politique”. En: *Mots. Les langages du politique*, n.º. 78, pp. 53-64.

- Fillicule, Olivier, Mathieu, Lilian y Roux, Patricia (2007): “Introduction ”. En: *Politix. Militantisme et hiérarchies de genre*, vol. 2, nº. 78, pp. 7-12.
- Fraisse, Geneviève (2010): *Les femmes et leur histoire*. París: Folio histoire.
- Franco, Marina (2009): “El exilio como espacio de transformaciones de género”. En: Andrea Andujar et al. (comps.): *De minifaldas, militancias y revoluciones: exploraciones sobre los 70 en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, pp. 127-145.
- Gaillard, Anne-Marie (1997): *Exils et retours: itinéraires chiliens*. París: L’Harmattan.
- Galloro, Piero-Dominique (2010): *L’exil des Sud-américains en Europe francophone*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy.
- García, Yvette Marcela (2010): “De différentes formes d’engagements. Itinéraires d’exilées chiliennes en France”. En: Piero-Dominique Galloro (dir.): *L’exil des Sud-américains en Europe francophone*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy, pp. 55-76.
- _____. (2014): *Les femmes de l’exil chilien. De l’Unité Populaire vers la terre d’asile: une analyse en termes de rapports sociaux*. Estrasburgo: Universidad de Estrasburgo.
- Gaudichaud, Franck (2014): “Le poids de la défaite. Retour sur les origines de l’exil politique chilien (1970-1990) ”. En: *L’Homme et Migrations*, vol. 1, nº. 1305, pp. 8-15.
- Gaviola, Edda; Largo, Eliana y Palestro, Sandra (1994): *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Santiago de Chile: ASDI.
- Glaser, Barney y Strauss, Anselm (1967): *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- Gubin, Eliane y Piette, Valérie (2009): “Sur la singularité de l’exil politique féminin dans une perspective historique”. En: Valérie Piette y Eliane Gubin (dirs.): *Femmes exilées politiques*. Bruselas: Université de Bruxelles, pp. 157-170.
- Jedlicki, Fanny (2001): “Les exilés chiliens et l’affaire Pinochet. Retour et transmission de la mémoire”. En: *Cahiers de l’Urmis*, nº. 7, pp. 1-18. Disponible en: <https://journals.openedition.org/urmis/15#text> [14/01/2019]
- Kirkwood, Julieta (1990): *Ser política en Chile: las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: Flacso.
- Lesselier, Claudie (2009): “Femmes, exils et politique en France depuis 1970”. En: Valérie Piette y Eliane Gubin (dirs.): *Femmes exilées politiques*. Bruselas: Université de Bruxelles, pp. 139-156.
- Marques-Pereira, Bérengère y Zavala San Martín, Ximena (2009): “L’expérience de l’exil chez les femmes leaders chiliennes”. En: Valérie Piette y Eliane Gubin (dirs.): *Femmes exilées politiques*. Bruselas: Université de Bruxelles, pp. 131-138.
- Morelli, Anne (2009): “Exhumer l’histoire des femmes exilées politiques”. En: Valérie Piette y Eliane Gubin (dirs.): *Femmes exilées politiques*. Bruselas: Université de Bruxelles, pp. 7-16.
- Moulian, Tomás (1994): *Limitaciones de la transición a la democracia en Chile*. Santiago de Chile: Flacso.
- Power, Margaret (1997): “La unidad popular y la masculinidad”. En: *La ventana*, nº. 6, pp. 250-270.

- Prognon, Nicolas (2011): “L’exil chilien en France du coup d’état à l’acceptation de l’exil : entre violences et migrations”. En: *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, n°. 21. Disponible en: <https://journals.openedition.org/alhim/3833#text> [14/01/2019]
- _____. (2014): “Réalités sociologiques et politiques des exilés chiliens en France”. En: *L’Homme et Migrations*, vol. 1, n°. 1305, pp. 25-32.
- Rebolledo, Loreto (2005): “El impacto del exilio en las familias chilenas”. En: Teresa Valdes y Ximena Valdes (comps.): *Familia y vida privada: ¿transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos?* Santiago: Flacso, pp. 133-162.
- Ricoeur, Paul (2000): *La Mémoire, l’histoire, l’oubli*. París: Édition du Seuil.
- Rojas Mira, Claudia (1994): *Poder, mujeres y cambio en Chile (1964-1973): Un capítulo de nuestra historia*. México D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Scott, Joan Wallach (2008): *Género e historia*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Stern, Steve (1998): “De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”. En: Elizabeth Jelin (comp.): *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*. Madrid: Siglo XXI de España editores, pp. 11-33.
- Valdés, Teresa y Weinstein, Marisa (1993): *Mujeres que sueñan. Las organizaciones de pobladores en Chile 1973-1989*. Santiago de Chile: Flacso.
- Vásquez, Ana y Araujo, Ana María (1988): *Exils latino-américains: la malédiction d’Ulysse*. París: L’Harmattan.
- Volovitch-Tavares, Marie-Christine (2014): “L’accueil en France des réfugiés après le 11 septembre 1973”. En: *L’Homme et Migrations*, vol. 1, n°. 1305, pp. 49-58.

ENTREVISTAS, TESTIMONIOS Y CORRESPONDENCIA

- Isabel Aburto [testimonio], fondo de archivos audiovisuales de La Contemporaine, Francia, 16-11-2014.
- Maité Albagly [testimonio], fondo de archivos audiovisuales de La Contemporaine, Francia, 16-04-2014.
- Marguerite Young [testimonio], fondo de archivos audiovisuales de La Contemporaine, Francia, 03-03-2013.
- Patricio [entrevista], París, 03-2014.
- Federico [entrevista], París, 03-2014.
- Alejandra [entrevista], París, 05-2014.
- Beatriz [entrevista], París, 06-2014.
- Violeta [entrevista], París, 02-2015.
- María [entrevista], París, 04-2015.
- Claudio [correspondencia], Santiago de Chile, 14-04-1976.